

La construcción de la teoría como trabajo del historiador

Nidia Carrizo de Muñoz

Resumen

Este trabajo es síntesis y anticipo de una investigación sobre las polémicas teóricas y los historiadores latinoamericanos de los años 90, que pretende explorar la discusión regional sobre teoría y metodología de la Historia y procura conectar las polémicas de la década del 90 en algunos países de la región latinoamericana, con las cuestiones que a escala global han contribuido a su desarrollo.

La hipótesis que sostiene el trabajo de investigación del cual éste es parte, es que en principio la teoría y el método de la historiografía han de ser dilucidados por los mismos historiadores como actores principales en la construcción de los fundamentos de su quehacer

El análisis de la historia y de la historiografía necesita de un pensamiento nuevo, creativo, basado en una nueva discusión sobre el mundo real como objeto y campo específico de la historia, en la demitificación como propósito y objetivo disciplinar y sobre el rescate de la racionalidad o razonabilidad, para la explicación de los problemas reales de las sociedades del presente y del pasado.

Palabras claves: Teoría / historiografía / mundo real / demitificación / racionalidad.

Este trabajo es síntesis y anticipo de una investigación sobre las polémicas teóricas y los historiadores latinoamericanos de los años 90, que pretende explorar la discusión regional sobre teoría y metodología de la Historia y procura conectar las polémicas de la década del 90 en algunos países de la región latinoamericana, con las cuestiones que a escala global han contribuido a su desarrollo.

La hipótesis que sostiene el trabajo de investigación del cual éste es parte, es que en principio la teoría y el método de la historiografía han de ser dilucidados por los mismos historiadores como actores principales en la construcción de los fundamentos de su quehacer. De igual forma se plantea que no es solamente el contenido informativo, evocador y recapitulador de las teorías, sino la formación de un hábito reflexivo, sabio y creativo en los historiadores mismos, lo que produce en definitiva una cultura historiográfica científica.

Muchas veces se ha planteado que la meditación de los historiadores sobre su propia disciplina, no ha sido todo lo profunda y extendida que la tarea necesita; que muchos de ellos marcados por esta carencia, han tomado las consideraciones de otras disciplinas sobre la historia, creando zonas de ambigüedad epistemológica, que llevadas a su extremo han confundido los métodos, procedimientos y consideraciones teóricas del historiador. Puede decirse –sin dejar de reconocer que entre los historiadores se encuentran aquéllos que siempre han pensado sobre su quehacer- que la reflexión teórica en épocas de la historiografía tradicional o metódica, quedaba en general en poder de los filósofos y que en la historiografía de la “nueva escuela” se buscaba en el ámbito de los sociólogos. A partir de la posmodernidad, esa reflexión pasó al terreno de la Antropología.

En todo este siglo la historiografía se ha respaldado vigorosamente en el desarrollo teórico de otras Ciencias Sociales y se refleja un fuerte desfase entre el desarrollo del oficio del historiador y las proposiciones generales que intentan explicar y legalizar su tarea.

Hay que señalar que crecen las quejas de investigadores del tema por la falta de interés de los historiadores por la teoría y la metodología. Por ejemplo Julio Aróstegui plantea que la historiografía necesita de fundamentaciones particulares y el grado alcanzado por tales fundamentos es por ahora, muy débil: “... dado que las teorías explican algunos aspectos del mundo, deberían existir teorías históricas o teorías dentro de la ciencia historiográfica que....con el grado de formalización que fuese, explicaran la existencia histórica”¹. Fernando Devoto en la Argentina, cree que los avances de la profesión no van igualmente acompañados -en la mayoría de los casos- por “una renovación de las hipótesis más generales o de los modelos de análisis de la sociedad ni por una nueva discusión de los aspectos teóricos de las formas de conocimiento histórico”².

Este problema lleva a plantear y replantear el quehacer historiográfico. Un camino propuesto es que la historiografía pueda concebirse a sí misma como teoría y práctica de los historiadores. Así lo expresa Cezar de Freitas: “como un espacio de análisis del conocimiento histórico, con posibilidades de construcción de teorías a partir de los marcos disciplinares y aprovechar de otra manera la teoría y metodología de otros campos epistemológicos y disciplinares”³.

¿La historiografía latinoamericana del 90 fue capaz de suplir las deficiencias respecto a las fundamentaciones teóricas específicas para llevar adelante su quehacer?

La percepción es que, en general, no hay contenido de pensamiento teórico historiográfico que ayude al desarrollo disciplinar, aún cuando en la visión de los propios historiadores se marca como una carencia y una necesidad. Es una exigencia no sólo como fundamento de cada obra, sino como contribución a la formulación de criterios indispensables para analizar la historiografía de los diferentes contextos.

Tal vez no parezca descabellado hacer una referencia a una escuela historiográfica no europea que trabaja sobre las relaciones entre cultura e historia: Los "Subaltern Studies" son interesantes en la medida en que desarrollan una teoría en torno a su práctica, donde se manifiestan los problemas esenciales que afectan a la historiografía del presente. El grupo surgió a fines de 1970 y su órgano de expresión lleva diez números aparecidos entre 1982 y 1999. Parte de su importancia radica en la forma de articular los problemas y la perspectiva singular que la historiografía india aporta, entre otras cosas, en el intento de superar la escisión entre formas de conocimiento intuitivas, basadas en culturas locales y culturas universales. El nuevo significado está en la idea de subalternidad. Lo subalterno no es el objeto de estudio, sino la perspectiva de algunos historiadores que escriben desde el mundo subalterno. Así definen la historia por la posición del historiador. Pero el interés especial en este grupo reside en que su situación los lleva a la reivindicación de la teoría, a la necesidad del fundamento teórico para su quehacer. Al decir de Enrique Gavilán, "el rasgo fundamental de esta escuela a lo largo de su trayectoria es la buena relación con la teoría, que surge menos de una necesidad de legitimación teórica honorable de su empresa, que de una búsqueda que la peculiaridad de sus propósitos hacía imprescindible" ⁴.

Se podría decir, después de recorrer el pensamiento de algunos historiadores dedicados a la historiografía, que esta disciplina necesita reunir dos condiciones: la primera sería que el historiador tenga una firme y precisa visión del presente con sus perspectivas de futuro; y la segunda que posea adecuados instrumentos metodológicos recogidos en la específica tradición de su ciencia. La segunda

condición -referida a instrumentos y métodos- es considerada la más cumplida entre los historiadores, mientras que la primera -más relacionada con el desarrollo de la teoría- es la que se observa con menor crecimiento.

En áreas como la historiografía de América Latina, la primera condición se hace imprescindible en tanto y en cuanto la tradición propia de la disciplina no pertenece a su espacio histórico, donde se define la visión del presente y del futuro. Sin esa clara y razonable visión del presente se hace muy difícil estructurar una teoría que fundamente el quehacer historiográfico.

El análisis de la historia y de la historiografía necesita de un pensamiento nuevo, creativo, basado a mi modo de ver, en una nueva discusión sobre el mundo real como objeto y campo específico de la historia, en la demitificación como propósito y objetivo disciplinar y sobre el rescate de la racionalidad o razonabilidad, para la explicación de los problemas reales de las sociedades del tiempo presente y del pasado.

La actitud del historiador frente al pasado

Habría que investigar entre los historiadores “la actitud frente al pasado”, más que los instrumentos, para saber si la influencia cultural, el compromiso político y el pensamiento mítico y simbólico pesan de manera sobredimensionada sobre el juicio de realidad.

Respecto a la actitud sobre el pasado, en la historiografía del 90 y por las influencias ya expresadas, pareciera que en muchos casos la atención de la historiografía se ha desplazado a concentrar la investigación sobre pequeños grupos o sectores, poniendo especial interés en sus mentalidades y otros aspectos culturales que son reveladores de las profundidades de la experiencia humana, pero cuya importancia nacional o decisional es muy baja.

En la expresión de Carlo Ginzburg, máximo exponente de la microhistoria, al optimismo globalizador radicalizado de los años 50 y 60 se contraponen -a partir de la década del 70- las crecientes dudas acerca de los procesos macro-históricos tales como el triunfo del reino fraternal del socialismo y del ilimitado progreso tecnológico y de allí deriva la preocupación por los estudios micro y temas muy relacionados con lo

cultural como lo privado, lo personal o lo cotidiano. Agrega Colomer Pellicer que: “Una historia cercana, real, humana, cotidiana, es mucho más entendible y explicativa que cualquier informe cargado de datos y nociones macroscópicas”.⁵

Puede rastrearse esta tendencia, como uno entre varios ejemplos, en la obra *Histórias do Cotidiano*⁶, de Mary del Priore, incluso corroborada por la misma en una entrevista publicada en la Revista *Valor Económico, Cultura*, el 26 de noviembre de 2001, donde expresa que para ella la llamada “grande História”, hecha de personajes consagrados, interesa cada vez menos, pues consolida lo excepcional y aparta los antihéroes que somos todos nosotros: “A história, na verdade, é feita de criaturas ordinárias e anônimas, cujos pequenos prazeres e dramas banais representam o maior número de pessoas. Daí a importância de pensarmos o banal, o insignificante, o que é deixado de lado. Nessas pequenas coisas, a meu ver, reside a complexidade da história”⁷. Agrega el comentarista: “Com esse mergulho nas pequenas porém las cotidianas, Mary contribui para engrossar o caldo do que se convencionou chamar de pos-modernidade”.

Creo que esta conceptualización, enunciada ya por Paul Veyne, cuando expresa que “se pasa del conocimiento de la historia al de los resortes de la historia y de la naturaleza humana”⁸, influye significativamente en la historiografía latinoamericana del 90.

Lo que ocurre es que si este modo de pensar se convierte en la historia dominante es muy funcional a los intereses de ciertos sectores. Mientras más estudiemos lo insignificante, otros estudiarán lo que es verdaderamente decisivo en la construcción de realidades que pesan de manera desigual sobre la humanidad. Es sabido que a un poder sólo se puede contraponer otro poder construido desde la política, desde la economía y la sociedad. Difícilmente el contrapoder se construye desde lo banal, lo insignificante, realizado por personas ordinarias y anónimas. El interés extremo y predominante en esta tendencia, nos revelará la complejidad de la historia, el desarrollo de la vida cotidiana, pero nos dirá poco de los senderos por donde ciertamente marcha el mundo de las decisiones que después sufrimos como ciudadanos, si no nos reconciliamos con la necesidad de distinguir los caminos reales por los cuales se construye el poder.

Esta tendencia, a veces tiene que ver con una serie de mitos que se instalan en la historiografía y que perturban la visión del pasado. Dice Mario Rapoport que “cuanto más grandes fueron en algún momento las expectativas y los sueños de la gente, tuviesen o no una base real, más se tiende a mitificar lo que ocurrió y a mirar con un lente deformante la realidad que nos circunda”⁹. Si las bases del conocimiento de la historia se corresponden con percepciones erróneas, es mayor el riesgo que corremos de equivocarnos en la apreciación de nuestro presente o de que se nos induzca a apreciarlo equivocadamente.

Por otra parte, es interesante la reflexión de los historiadores brasileños Joao Fragoso y Manolo Florentino, frente a los extremos de la influencia cultural, cuando entienden que hoy el estado de la cuestión, puede ser sintetizada de esta manera: “... las relaciones económicas y sociales no son anteriores a las culturales, ni las determinan; ellas mismas son campos de práctica y producción cultural, lo que no puede ser deductivamente explicado por referencia a una dimensión extracultural de experiencia”¹⁰.

El historiador Paolo Macry opina que concebir la existencia de estructuras mentales y culturales como inmutables en el tiempo, a través de las que se puede definir la esencia de los grupos humanos, pareciera negar la utilidad misma de la historia. Las estructuras mentales, culturales, ambientales, si han escapado a la conciencia de quien habla y escribe, son parte de la historia, pero los historiadores no renuncian, sino que por el contrario, “trabajan especialmente las conscientes elecciones de los individuos y los grupos”¹¹.

Otro elemento a tener en cuenta es que el paso de la historia política a la historia social, de las élites a los fenómenos colectivos, del tiempo breve del acontecimiento al tiempo largo de los sistemas, ha provocado en muchos casos, una importante pérdida de realismo para valorar los actores y las decisiones contundentes en las políticas mundiales.

Frente a esto se hace necesario rescatar una certera imagen del presente basada en la consideración del mundo real, para llevar esa misma competencia a la observación del pasado. Al menos así lo piensan algunos investigadores: “Durante los últimos decenios se ha puesto de moda...negar que la realidad objetiva sea accesible. (...) El pasado que

estudiamos es una construcción de nuestra mente... Una de esas construcciones es tan válida como cualquier otra, tanto si se puede respaldar con lógica y hechos como si no... Resumiendo, creo que sin la distinción entre lo que es y lo que no es, no puede haber historia. Cómo reunimos e interpretamos nuestra muestra escogida de datos verificables (que pueden incluir no sólo lo que pasó, sino lo que la gente pensó de ello), es otra cosa. El relativismo no vale en la historia más de lo que vale ante los tribunales de justicia."¹²

Pero el verdadero problema está en que la historia no está condenada a escoger entre posturas unilaterales y polarizadas ni a pasar de una ciencia a veces mal conducida -comprometida con teorías defectuosas de causa y de determinación- hacia las evanescencias de la "deconstrucción" y al imperio exclusivo del relativismo y del microanálisis, como lo expresa *Ciro Flamarión Cardoso*¹³.

La historiografía y la mirada al pasado

La historiografía tiene distintos modos históricos de volverse hacia el pasado. Se podrían advertir los siguientes:

a) Inventariar lo que en cada época viene a agregarse, organizado según historiadores o escuelas.

b) Rastrear en qué medida y con qué modalidades se pudo continuar la actividad historiográfica a través de los problemas aportados por el contexto institucional, como las certidumbres en que se había apoyado.

c) Poner como rasgo fundamental de una nueva exploración historiográfica, la buena relación con la teoría, por la necesidad de legitimación teórica del trabajo y de una búsqueda que la especificidad de su ámbito hace imprescindible. Recorrer un camino historiográfico rastreando los fundamentos teóricos del quehacer, poner interés especial en la reivindicación de la teoría.

Muchas veces se ha insistido en definir la historia desde la posición del historiador teniendo en cuenta lo que tantas veces se ha afirmado, que la conformación de la historiografía es hija de su ambiente. Si se acuerda con este pensamiento, aún no se ha insistido suficientemente en una teoría que fundamente el quehacer desde la perspectiva de los historiadores que escriben "desde el mundo subalterno". Pareciera que

este intento tiene una tarea por delante que consiste en recorrer un camino con un eclecticismo sin complejos, flexible, pero que al mismo tiempo profundice su compromiso teórico. Es decir, un atrevido intento.

Para que cierta certeza o ciencia surja del trabajo historiográfico, es indispensable la travesía de la abstracción. Esta es la carencia de la historiografía, que recalca Macry, cuando expresa que “El análisis de individuos específicos, situaciones empíricas, está relacionado con casos concretos y por tanto infinitamente variables, es un conocimiento incierto y conjetural en la medida que no se complementa con un trabajo teórico que sustente el cometido”¹⁴.

A favor y en contra de la teoría. La perspectiva holística

¿Por qué tanto miedo a la teoría a través de las distintas épocas en los historiadores? Podría pensarse que ese temor se debe a la experiencia escasamente satisfactoria que se tuvo con algunas famosas obras de la filosofía de la historia, en la medida que produjeron teorías de construcción de perfecta ingeniería pero que fueron alejándose de los análisis contextualizados que no delimitaron un alcance medio, sino elaboraciones a las que se les pretendió dar efecto mundial y cuyos resultados fueron bastante frustrantes.¹⁵

Esta mala relación de los historiadores con la teoría tiene sus antiguas razones en la convicción de la historiografía tradicional (y también en la estructural) sobre los aspectos teóricos como una abstracción despegada de la realidad. En la época “posmoderna”, la retracción de los historiadores frente a la teoría se produce por un desencanto frente a lo que se consideraron “los grandes relatos” y sus prospecciones sin realizaciones reales. También jugó un papel relevante la opinión de varios investigadores como resultado de trayectorias personales de intelectuales que pueden ser considerados “la generación de 1968” en su recorrida de la década del 70, portadores de esperanzas revolucionarias y que desilusionados, pasaron al abandono de la creencia en la posibilidad de una transformación de la sociedad global, y de allí el apoyo a movimientos parcializados de lucha o reivindicaciones y a la creencia sólo en los microentornos.

Es coincidente la posición de Jörn Rüsen en cuanto combate la tendencia a desvalorizar el trabajo teórico de aprehensión concep-

tual de la vivencia histórica como un todo y reivindica "... los esfuerzos en el sentido de una síntesis abarcadora, ya que sin ellas, la propia tentativa posmoderna de buscar un nuevo significado histórico para sus objetos estaría condenada a la dispersión y a la irrelevancia, por limitarse a una contraposición abstracta entre las condiciones de vida actuales y las alternativas histórico-temporales, sin que las relaciones entre ellas sean esclarecidas integradamente".¹⁶

Rescate de la racionalidad para el análisis histórico

Se detecta actualmente una preocupación entre algunos pensadores por el rescate de la racionalidad. Se ha vuelto a plantear el antagonismo en términos de racionalidad e irracionalidad. No en el criterio de una razón fuerte y abstracta, sino en el de "una humana racionalidad", al decir de Umberto Eco. En este rescate del pensamiento racional, si hubo un pensamiento de ruptura con el pasado mítico fue el pensamiento ilustrado y su herencia fundamental es que hay un modo razonable de razonar, con los pies sobre la tierra, con sentido común. Es creer, que las cosas "se dan de cierto modo". Este realismo, no significa que se pueda conocer toda la realidad o que un día se conocerá toda. Significa, que aunque no se conociera nunca, las cosas se darían así y no de otra forma. Que incluso aceptar un mundo siempre mutable es justamente "el modo en que se dan las cosas".

Es interesante la perspectiva macroteórica propuesta por Ciro F. Cardoso¹⁷ para el análisis historiográfico actual que comparten los autores brasileños consultados, en cuanto a la oposición de dos tradiciones o paradigmas rivales a través del tiempo, a los que convierte en hilos conductores para dilucidar en la historiografía los problemas de la epistemología y método histórico.

Cardoso identifica dos grandes paradigmas, ambos opuestos al académico conservador tradicional: el iluminista, que es partidario de una historia científica y racional y por lo tanto convencido de la existencia de una realidad social global e históricamente explicada; y otro posmoderno, escéptico en lo que se refiere a las relaciones y explicaciones globalizantes y tendiente a enfatizar las representaciones construidas históricamente.

Afirma el autor que este hilo conductor se liga en el siglo XX a un proceso largo cuya fase decisiva se produce entre 1968-1989 y se puede ver como el colapso de una larga visión de la humanidad comenzada en el Renacimiento e intensificada por la Ilustración que termina en el período posmoderno.

Este paradigma iluminista, llamado también moderno -que ahora es el amenazado en su hegemonía por los cultores de la otra "Nueva Historia", algunos dicen que ya destronado- tuvo su época de mayor dominio entre 1950 y 1968, pero nunca fue total y se opuso durante varias décadas de este siglo a la corriente historicista en sus varias vertientes y a su método estrictamente hermenéutico e interpretativo que ella propugnaba.

Los cultores del paradigma moderno defendieron una Historia que pretendían científica y racional y su punto de partida fue la producción de conocimiento hipotético y deductivo y siempre racionalista. Se trataba de una Historia analítica, estructural, (y por lo mismo macroestructural), explicativa. Estos son los rasgos centrales de su racionalidad, de su asumienda científicidad, si bien Cardoso aclara que esta metodología raramente se practicaba con rigor porque muchos de los historiadores carecían de la formación necesaria para ello.

Las tendencias filosóficas que servían de fundamento al paradigma iluminista, venían del siglo XVIII y XIX y se vieron reforzadas en el XX por el empleo de modelos macro-históricos y teorizantes. Éstos podían ser distintos y hasta opuestos entre sí, pero se inclinaban siempre hacia la inteligibilidad, a la explicación, a la expulsión o por lo menos a la delimitación de lo irracional y acaso de lo subjetivo (como el evolucionismo, el marxismo, el weberianismo y algunas vertientes estructuralistas).

En la época posmoderna, al ser puestas en duda y rechazadas estas formas de validación del conocimiento histórico, se han producido nuevas búsquedas por caminos externos a la propia historiografía.

Entre las nuevas concepciones que han influenciado sobre la historia están las que priorizan los procesos hermenéuticos de interpretación con posiciones que varían bastante desde la subjetividad del autor individual a la de un lector implícito y también individual, a las posiciones de grupos de personas diversamente designados: "comunidad

interpretativa”, “comunidad textual”, “sociedad discursiva”. Las interpretaciones son necesariamente múltiples respecto a un tema dado, no existen formas aceptables de escoger entre ellas, son todas válidas si satisfacen los criterios del autor y aquellos que con él concuerden. En posiciones extremas se puede recurrir al simple recurso de que es innecesaria cualquier validación, o imposible o indeseable. Lo anterior conduce a un relativismo radical visto en su conjunto.

Particularmente influyeron sobre los historiadores en estas últimas décadas las reflexiones relativas a las formas de representación histórica, siendo esta última postulada como elemento constitutivo por excelencia del pensamiento histórico. Aparecen especialmente concepciones tomadas en préstamo de la Antropología (con frecuencia de Clifford Geertz o alguna otra vertiente de culturalismo relativista).

En la perspectiva de Cardoso, “la inexistencia de teorías globales satisfactorias sin duda torna difícil la defensa de una perspectiva holística (...). La debilidad de este momento, es lo que da más fuerza a las concepciones de disolución de la historia en múltiples historias y del abandono de los grandes lineamientos históricos” y en esto coincide con Aróstegui, cuando este historiador expresa que en los tiempos de frontera en que vivimos, donde hay pocas certezas, una de ellas puede ser “el descrédito de los esquemas elementales para el análisis”.

Cardoso cree que debe producirse una nueva reflexión teórica surgida en el campo de las ciencias sociales, específicamente en los historiadores “porque sin ella no hay cómo proporcionar un cambio cabal del estado de cosas imperante en dirección a un futuro distinto”.

En conclusión se puede decir que la diversidad de las realizaciones históricas está limitada por condicionamientos concretos mucho menos flexibles que los proyectos basados en mitos y representaciones simbólicas.

El historiador trata de reflejar una realidad externa marcando la diferencia entre sujeto y objeto como partes suficientemente separadas. Si la historia tratara acerca de construcciones convencionales, no habría necesidad de poner a prueba las hipótesis confrontando con los sucesos del pasado; por otra parte perdería sentido el objeto mismo de la historia.

El historiador supone la existencia real e independiente de aquello a que se refieren sus hipótesis y la observación de la realidad le impone

los límites con dureza, lo que hace que deba corregir sus supuestos. Por ello es conveniente que logre una certera imagen del presente basada en la consideración del mundo real, para llevar esa misma competencia a la observación del pasado.

En resumen y con palabras de Hobsbawm, “en la actual situación, se requiere de los historiadores, (con toda su buena disposición a aprender de todas las disciplinas), que enseñen, en lugar de aprender”.

Notas

- 1 Julio Aróstegui, *La investigación histórica, teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995, pág.45.
- 2 Fernando Devoto, "Situación de los estudios históricos en los años 90", en *Fuentes para la transformación educativa*. Bs. As., Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, 1997, pág. 70. También autor (comp.) de *La historiografía argentina en el siglo XX*. Bs. As., CEAL, 1994.
- 3 Marcos Cezar de Freitas (org), "Para una história da Historiografia Brasileira" en *Historiografia Brasileira em Perspectiva*. San Pablo, Contexto, 1998, pág.9.
- 4 Enrique Gavilán, "Historia subalterna", en *Filosofía de la cultura*. Valencia, 2001, Joan Linares y Nicolás Sanchez Durá (eds.), Actas del IV Congreso Internacional de la Sociedad Hispánica de Antropología Filosófica (SHAF).
- 5 Francisca Colomer Pellicer, "Biografía y cambio social", en *Historia a Debate*. Santiago de Compostela, 1995, t. III , pág 167.
- 6 Mary del Priore, *Histórias do Cotidiano*. Rio de Janeiro, Contexto, 2001.
- 7 Entrevista a Mary del Priore, "O cotidiano revisto pela historia", *Valor Económico*, n° 394, Ano 2. Sao Paulo, 2001.
- 8 Paul Veyne, "La historia conceptualizante", en Jacques Le Goff (org.), *Hacer la historia*. Barcelona, 1984, v. I, pág. 103.
- 9 Mario Rapoport, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*. Bs. As., Macchi, 2000, Introducción, pág. XVI.
- 10 Joao Fragoso e Manolo Florentino, en "Historia Económica", en *Ciro Flamarión Cardoso e Ronaldo Vainfas, Domínios da História, Ensaios de teoria e metodologia*. Brasil, Campus, 1997, cap. I, pág. 27.
- 11 Paolo Macry, *La Sociedad Contemporánea, Una introducción histórica*, Barcelona, Ariel, 1997, pág. 29.
- 12 Eric Hobsbawm, *Sobre la Historia*. Barcelona, Crítica, 1998, pág. 271.
- 13 *Ciro Flamarión Cardoso, "Historia e Paradigmas Rivals" en Domínios da História*. Rio de Janeiro, Campus, 1997, pág. 23.
- 14 Paolo Macry, *op. cit.*
- 15 Conversaciones con Cristian Buchrucker sobre el tema, agosto 1999.
- 16 Rūsen Jörn, "Conscientização Histórica Frente a Pos-modernidade", *A História na Era da "Nova Intransparencia"*. *Historia. Questoes e Debates*, Curitiba, vol. 10, n° 18-19, junho a dezembro de 1989.
- 17 *Ciro Flamarión Cardoso, op. cit.*